

EL DISCURSO INDEPENDENTISTA EN *LA HIJA DEL JUDÍO* DE JUSTO SIERRA O'REILLY

VERÓNICA HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA*

Los estudios de los últimos dieciséis años en torno a las novelas históricas del siglo XIX mexicano –desde el primero de José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción* (1993), hasta el más reciente de Alejandro Araujo Pardo *Novela, historia y lecturas* (2009)– llaman la atención acerca de que estas producciones literarias tienden a seleccionar y recrear determinados acontecimientos del pasado de manera que pueden entenderse como prefiguraciones de un país independiente,¹ como una forma de cubrir vacíos en la historiografía en busca de una herencia común que contribuya a la reconciliación con el pasado y a crear un discurso unificador de la nación,² o como “*el origen* de las instituciones republicanas”.³

Así, las novelas que recrean el periodo prehispánico –la defensa de la tierra por parte del indígena y su sometimiento por parte del español– pueden interpretarse como el antecedente heroico y legitimador de los esfuerzos por “recuperar” la soberanía del país durante el siglo XIX.

Por su parte, las novelas de tema colonial destacan el carácter opresivo del sistema impuesto por los españoles y llaman la atención sobre aquellas rebeliones que prefiguran, y al mismo tiempo justifican, la Independencia.

Finalmente, las novelas cuya diégesis se sitúa en el periodo independiente tenderán a constituirse en gestas heroicas donde la nación resiste a una serie de fuerzas que se oponen a su libertad y a su realización plena.

En los tres casos anteriores, la dimensión ideológica de las novelas estaría conformada a partir del imaginario liberal, cuya definición es obviada por algunos estudiosos,⁴ mientras que otros lo explican

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ “El tema dominante en las novelas es la independencia nacional”, asegura –para el caso de Riva Palacio– José Ortiz Monasterio en *Historia y ficción*, p. 299.

² Cf. Leticia Algaba, *Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX*, pp. 234-235. De acuerdo con esta estudiosa, el pasado sería entendido como “un largo periodo de incubación de la libertad” (p. 234).

³ Alejandro Araujo Pardo, *Novela, historia y lecturas*, p. 274.

⁴ Es el caso de Gerardo Bobadilla Encinas, v. *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*, pp. 41-43.

en un sentido amplio como la “tendencia política y económica que organizó los estados nacionales”,⁵ o de acuerdo con las formas que tomó en determinados periodos históricos.⁶

Asimismo, estos estudios asumen que el pasado colonial se concibe como un tiempo superado,⁷ de manera que las novelas históricas tienden a crear una imagen homogénea de éste en la que resulta negativa cualquier fuerza retrógrada, todo aquello que no contribuya a prefigurar el presente independiente. Esto es, el régimen español con todo lo que implica (ignorancia, fanatismo, atraso cultural y tecnológico, aislamiento y aletargamiento del indígena, etcétera).

Por mi parte, asumo la validez de estas interpretaciones previas pero, al mismo tiempo, propongo otra que valdría como contrapunto. A partir del análisis de *La hija del judío* (1848-1849) de Justo Sierra O’Reilly es posible confirmar que, por una parte, la novela desarrolla una visión triunfalista de la nación que se construye sobre las ruinas de un pasado superado. Sin embargo, también hay elementos narrativos con valor ambiguo que ponen en tela de juicio el hecho de que esa independencia sea algo concluido. Y para poder conjugar dos interpretaciones

aparentemente opuestas es necesario considerar el texto como un tejido en el que se imbrican varios niveles de discurso que presuponen lectores distintos: un nivel en el que se desarrolla una serie de contenidos destinados al lector que se pretende educar, y unir en sociedad bajo los valores del país independiente, y otras dirigidas a la élite letrada: por un lado el aliado político y por otro el adversario, donde el pasado colonial es un cronotopo problemático cargado de preocupaciones en torno a un presente inacabado y caótico que, a su vez, está en proceso de construcción.

La primera interpretación ya ha sido ampliamente probada, lo que toca ahora es demostrar la viabilidad de la segunda, por lo que estudiaré las críticas específicas que la novela promueve en torno al pasado colonial, a veces directamente por medio de los juicios del narrador o del padre Noriega –narrador en segundo grado–, y otras por medio de la caracterización de ciertos personajes que fungen como representantes del sistema colonial. Asimismo, es necesario considerar las relaciones que se establecen entre el pasado recreado y el presente de la escritura, lo cual me permitirá proponer una interpretación que se entretaja con la lectura del pasado como un tiempo superado, y considere que el tema de la Independencia, en la época en que escribe Justo Sierra O’Reilly, trasciende los límites que impone la separación política de España en 1821, y se vincula con los dos intentos separatistas que tuvieron lugar en la provincia de Yucatán, el primero entre 1840 y 1841 y el segundo entre 1845 y 1848.

⁵ Fernando Unzueta, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, p. 16.

⁶ Tal es el caso de Alejandro Araujo, quien divide las obras que son objeto de estudio en tres periodos, tomando en cuenta transformaciones ideológicas, así como acontecimientos políticos y culturales. “El pasado se había convertido en un mundo superado, evaluado sólo como antecedente del presente.

⁷ La única lección que se podía sacar del pasado era aquella que permitía detectar por qué y cómo dicho pasado había quedado atrás”. Araujo Pardo, *op. cit.*, p. 66.

LA PROPUESTA NOVELÍSTICA

La hija del judío puede leerse en función de la anécdota romántica: la historia de amor de dos jóvenes cuya unión se ve imposibilitada a causa de que la heroína, María, está estigmatizada y la Inquisición quiere secuestrar los bienes que aún le quedan después de que su padre, acusado de practicar el judaísmo, fuera encarcelado por dicha institución. Esta anécdota, que ocupa una extensión mínima en la novela, se entrelaza con el relato del acontecimiento histórico de la hambruna que se desató durante el gobierno del conde de Peñalva (1649-1652),⁸ y con una serie de elementos que contribuyen a recrear la época colonial, en la que los representantes del régimen aparecen como un obstáculo para la unión de los amantes y el bienestar de la provincia.

Sin embargo, la novela también recrea una serie de conflictos de diversa índole donde la oposición criollo/español se diluye, potenciando otro tipo de significados cuya explicación demanda desplegar el catálogo de elementos que el relato pone en juego, con sus posibles lecturas, así como la relación con el presente del narrador extradiegético: el de 1848, que emite juicios y alude a su lector contemporáneo.

Uno de los primeros problemas que se ponen de manifiesto en la novela es el centralismo: un rey que dirige el destino de una provincia sin siquiera conocerla, imponiéndole un gobierno ajeno a la región: virreyes que, buenos o malos, gobiernan desde el centro de

la Nueva España y poco pueden hacer por una provincia distante; gobernadores españoles, impuestos desde la península, que escaso interés pueden tener en el mejoramiento de la provincia.

Este último es el caso del conde de Peñalva: explotó a los indios, que terminaron por rebelarse matando a algunos encomenderos y personas nobles de la ciudad; monopolizó el grano de maíz hasta provocar la hambruna y la peste; obligó a los encomenderos a pagarle un porcentaje del producto de sus haciendas; ofendió a las damas más notables de la ciudad, y acosó a todo aquel que se opuso a sus iniquidades.

La Independencia será una consecuencia necesaria ante esta situación. Así lo asegura el padre Noriega:

—[...] es un sistema opresor, calculado, al parecer, para aburrir y exasperar a los buenos vasallos. En la América, sobre todo, en donde éstos se encuentran a una inmensa distancia del centro de poder, en donde es más larga la cadena de ambiciones que han de satisfacerse, y en donde la corrupción está regida en principio, apenas hay esperanzas de remedio.⁹

—[...] Todas las naciones de la tierra, sin exceptuar una sola, nacen, crecen, se robustecen, llegan al pináculo del poder y del engrandecimiento, y después se debilitan, vacilan y al fin caen [...] la corrupción de la corte no hace sino limar más y más la cadena que une a tantos pueblos en uno solo [...] ¿No sabes lo que acaba de ocurrir en Portugal? Nuestra patria llegó a su apogeo en el pasado siglo. De hoy más, su marcha será retrógrada y caerá del todo, si

⁸ V. fray Diego López Cogolludo, "El gobierno del conde de Peñalva" en *Historia de Yucatán*, pp. 742-744.

⁹ Justo Sierra O'Reilly, *La hija del judío*, t. 1, p. 185.

una nueva generación no abre la carrera de las reformas políticas y, sobre todo, sociales.¹⁰

Peñalva es ejemplo paradigmático del mal gobierno colonial, pero no todos se presentan como malvados. Si consideramos que, aunados a los niveles de discurso, la selección y ordenamiento de los acontecimientos históricos en el relato está condicionada por la temporalidad y el horizonte cultural –e ideológico– de quien selecciona, es posible pensar que los matices puestos en escena poseen una intencionalidad diferente a la que subyace en la configuración del conde.¹¹

En la novela conocemos a Alonso de la Cerda, “sujeto generalmente honrado y respetado en toda la provincia”,¹² que gobernó con rectitud en dos ocasiones, y a José Campero quien, a pesar de su carácter débil y supersticioso, trató de remediar algunos males de Yucatán. Se nos ofrece un panorama histórico de las modificaciones positivas de algunos gobernadores a la Casa de Gobierno, y de las obras públicas que beneficiaron a la ciudad.¹³ Destaca también la oposición de Juan Vértiz a la política virreinal:

el buen don Juan salió pobre y miserable del gobierno, después de mil disgustos y ruidosas competencias con el obispo Parada y el virrey marqués de Valero, que *pretendía sojuzgar* esta Capitanía General al virreinato.¹⁴

¹⁰ *Ibid.*, t. 1, p. 186.

¹¹ Cf. Alejandro Araujo Pardo, *Novela historia y lecturas*, pp. 17-33.

¹² *Ibid.*, t. 1, pp. 1-2.

¹³ Cf. *ibid.*, tercera parte, capítulo I.

¹⁴ *Ibid.*, t.1, p. 290. Las cursivas son mías.

Estos buenos gobernantes son los pilares de la sociedad, representan el orden en el caos, indispensables en una nación convulsionada y caótica durante la primera mitad del siglo XIX.

En la recreación del clero no podía faltar el Santo Oficio, elemento simbólico que encarna el rechazo al orden colonial, pero también a los conservadores del presente de la escritura, a quienes se les acusa de querer un retorno a un orden colonial y monárquico.

En cambio, la actuación de corporaciones religiosas en relación con otros grupos, tiene un carácter francamente político: los avaros franciscanos que se alían con el conde de Peñalva¹⁵ y son adversarios declarados de los jesuitas; éstos, a su vez, aliados del cabildo yucateco y especialmente de los comerciantes, encarnan la oposición al centralismo de las reformas borbónicas, la instrucción de los criollos independentistas y el afán educativo que priva en el siglo XIX; asimismo son una corporación que, desde dentro del sistema, imponen un orden contra el caos y de esta manera resuelven, para los jóvenes enamorados y para la sociedad yucateca, el conflicto de la novela.

El vicio y la corrupción no se atribuyen sólo a las altas esferas de gobierno, ni sólo a los españoles o a los religiosos. Don Juan de Zubiaur, representante de los cabildos yucatecos y comerciante, no es caracterizado favorablemente:

[...] oráculo de la villa, no tanto por su ilustración que en verdad no era muy alta que digamos sino por su influjo en

¹⁵ Cf. *ibid.*, t. 1, pp. 239 y 256.

ambas Cortes y por el valer que le dieron sus cuantiosas riquezas.¹⁶

Zubiaur cuida sus intereses y lo mismo hacen los miembros del cabildo de Valladolid, raza pura que descende de los primeros conquistadores:

Se olvidaron de su humilde origen, se concentraron en sí mismos [...] comenzaron a mirar con el más profundo desprecio a cuantos no descendían en línea recta de los conquistadores y pacificadores de aquella tierra [...] Cada regidor del cabildo se cree tan encumbrado como el rey [...] desdeña cualquier género de ocupaciones honrosas y productivas y cree que sólo ha nacido para gobernar a los demás, mandar azotar a los indios en la picota, amasar gallos y tejer calceta.¹⁷

Los cabildos se integran con españoles y criollos de la élite yucateca, generalmente poco ilustrados. A veces sus labores son benéficas para la sociedad: en su Santa Hermandad juzgaron y condenaron a muerte al conde de Peñalva por los abusos que cometió. Sin embargo, generan caos porque confunden el interés personal con el bienestar general. Es una élite que no parece estar a la altura de las circunstancias.

Sólo unos cuantos personajes, criollos o españoles, tienen una conducta intachable, entre ellos están don Alonso de la Cerda, su esposa, y los amantes de esta historia que tienen que huir a Portugal, un país independiente, para escapar de la Inquisición. Ellos prefirieron el ideal

de nación del que quedan excluidos otros elementos sociales.

El pueblo bajo, por su parte, tiene connotaciones sumamente negativas. Lo integran mercenarios: capitanes contrabandistas, carceleros y hortelanos, hombres peligrosos porque revelan secretos que no les pertenecen o que sirven a ciertos grupos de poder con fines ilícitos.

Por lo tanto, no podemos pensar que la Independencia sea en beneficio de ese sector y mucho menos para el indígena, que es representado como un arma política peligrosa en manos de los gobernadores y una amenaza constante para la élite yucateca, que vive con el temor de que sus protestas ante el gobierno se conviertan en un aliciente para la insurrección de los indígenas, que “profesaban a nuestra raza un odio ciego y brutal, y que han estado, están y estarán siempre en la expectativa de una ocasión favorable para emprender contra nosotros una guerra de exterminio”.¹⁸

Este juego de lecturas superpuestas nos permite observar que en la novela se proyecta una dificultad, relacionada directamente con el presente de enunciación –el de la guerra de castas–, para incluir a esos grupos en un proyecto, o en un ideal de nación.

Y por sí no fuera suficiente la complejidad que todos estos elementos –el rechazo al centralismo, el caos, las pugnas partidistas y los intereses de grupo– añaden a la lectura, también se llama la atención acerca de un problema particular que aquejaba a la provincia, tanto en el pasado como en el presente de la escritura, el monopolio y el contrabando:

¹⁶ *Ibid.*, t. 1, p. 29.

¹⁷ *Ibid.*, t. 1, p. 212.

¹⁸ *Ibid.*, t. 1, p. 256.

Existiendo en la prolongada extensión de nuestras costas un solo puerto, que era el de Campeche, y situado éste en la extremidad de la parte poblada de la península, los perjuicios y privaciones a que estaba expuesta la mayor parte de la provincia, con una limitación semejante, apenas pueden calcularse. Además, las trabas y restricciones que se encontraban en el único puerto habilitado eran tales, que sólo conducían a hacer más gravosa la adquisición de los frutos y efectos de la madre patria, mientras que dos o tres comerciantes eran los únicos que podían hacer el inmenso tráfico con inmensos aprovechamientos y ganancias.¹⁹

De manera que se nos presenta un palimpsesto de sentidos que representan relatos/lecturas sobre el palimpsesto de la realidad donde se superponen lo nacional y lo yucateco, lo conservador-centralista y lo liberal-federalista, lo pasado y lo presente, el blanco y el indígena-mestizo, el orden y el caos, que construyen maneras de imaginarse a sí mismo y al otro.

La prefiguración de la Independencia de México es sólo uno de los significados que se entretienen en la novela. Los conflictos pueden vincularse también con los acontecimientos del presente del narrador, donde el pasado es visible aun en el corazón de la ciudad:

Aquellos mis lectores que, como yo, conozcan detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán sin duda el aspecto fúnebre y ruinoso de cierta casa que, allá en tiempos remotos, perteneció a una familia ilustre. Acompáñenme hasta el ángulo noroeste de la Plaza Mayor [...] En la esquina occidental de [la]

segunda cuadra existen las ruinas de la casa referida. ¿No es verdad que su apariencia es melancólica, y más cuando se reflexiona en el contraste que representan las ruinas en medio de un pueblo animado? ¿No es verdad que este montón de escombros en el corazón mismo de una bella capital, es en alguna manera repugnante?²⁰

Este fragmento, con el que inicia la novela, es el primer puente que nos autoriza a vincular lo narrado con los acontecimientos del presente de la escritura.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

De acuerdo con Alejandro Araujo, las primeras novelas históricas mexicanas, entre las que se encuentra, *Jicotencal* (1826),²¹ *Netzula* (1837) de J. M. L.²² y *El inquisidor de México* (1838) de José Joaquín Pesado, se enmarcan en un momento de “política generalizada”, término tomado de Elías José Palti, quien lo explica como un periodo de crisis en que irrumpe la temporalidad y “las premisas básicas del orden existente se convierten en materia de controversia”.²³

²⁰ Justo Sierra O'Reilly, *La hija del judío*, t. 1, p. 1.

²¹ Esta novela es una muestra de que en la sola elección de las grafías, en la que se presenta un fenómeno de ultracorrección (“J” o “X” para la inicial, “l” o “ll” en el final, con acento gráfico o sin él) –fluctuante a lo largo de la historia, según dónde y quién la estudia–, relacionada con las tomas de partido o la neutralidad en la determinación de su autoría, hay un problema de lectura e interpretación con implicaciones ideológicas y culturales.

²² De acuerdo con las siglas, el autor pudo ser José María Lafragua o José María Lacunza. Pero aún no hay evidencia suficiente para inclinarnos por uno o por otro.

²³ Elías José Palti, *La invención de una legitimidad*, p. 56.

¹⁹ *Ibid.*, t. 2, pp. 85-86.

Según Araujo, en los primeros años de vida independiente “las novelas que hablaban del pasado aparecieron con el fin de restringir la irrupción de la temporalidad que las independencias habían generado”;²⁴ partieron del concepto de historia como maestra de la vida para “instruir respecto de la naturaleza del pasado” y promover “nuevos hábitos de pensamiento y razonamiento”.²⁵ De manera que proponen premisas desde las cuales puede partir la comunidad para enfrentar el caos.

Araujo advierte que este tipo de novela termina durante los años treinta, para dar paso a otro en el que la historia ya no es maestra de la vida, sino que se erige en juez de un pasado superado.²⁶ Sin embargo, podemos considerar que las maneras de concebir el tiempo y la historia no cambian de la noche a la mañana, que autores como Sierra O'Reilly, leyeron a Cicerón y los preceptos retóricos, al mismo tiempo que experimentaron el cambio en la conciencia de la temporalidad, y con ambas herramientas se enfrentaron a su realidad.

Además, de acuerdo con Palti, los primeros treinta años de vida independiente sólo son una primera fase de política generalizada, que se agudiza posteriormente: si el derecho de insurrección y de “resistencia a la opresión” legitimó en un primer momento la Independencia, en un segundo momento (1848-1853), que Palti llama “rousseauiano”:

[...] la revolución, al despojar al poder de su aura de sacralidad, arrancándolo

del suelo firme que le proveían sus basamentos tradicionales, arrojaba a todo el sistema institucional al ámbito de la opinión, convertía sus fundamentos y sentido en materia de controversia.²⁷

Este momento se manifiesta en toda la República. Pero es necesario estudiar el caso particular de Yucatán, donde se publicó *La hija del judío*, para tratar de determinar si su propuesta es aplicable al caso de la provincia, cuya evolución histórica es diferente a la del centro del país.²⁸

A principios del siglo XIX hubo una pugna constante con la capital de la República para lograr cierta independencia y libertad en cuanto a la forma de ejercer el gobierno y el comercio.²⁹ Esta oposición al monopolio y al centralismo –no muy diferentes de los que describe Sierra en su novela– derivó en dos intentos separatistas por parte de la península, el primero entre 1840 y 1841 y el segundo entre 1845 y 1848.

Por si eso no fuera suficiente, en la década de 1840, al interior de Yucatán se suscitó una tremenda lucha de poder

²⁷ Palti, *op. cit.*, p. 217.

²⁸ Para conocer la situación histórica de Yucatán a principios del siglo XIX fue de gran utilidad la obra de Melchor Campos García, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*”.

²⁹ En la constante sucesión entre políticas centralistas y federalistas en México, Yucatán se resistió al centralismo, a las políticas monopolizadoras que privilegiaban al puerto de Veracruz en lo que se refiere a la comercialización de productos, así como a las contribuciones monetarias –que ellos consideraban gravosas– impuestas desde el centro. Cabe mencionar, sin embargo, que Veracruz era uno de los principales contribuyentes que sostenían a la República y que por ello constantemente se le beneficiaba con el privilegio del monopolio comercial de determinados productos.

²⁴ Araujo Pardo, *op. cit.*, p. 140.

²⁵ *Ibid.*, p. 207.

²⁶ *Cf. ibid.*, p. 192.

entre dos bandos políticos: los comerciantes, representados por Santiago Méndez, y los hacendados, encabezados por Miguel Barbachano. Los primeros se caracterizaron por una política liberal vinculada con Estados Unidos y pugnaron por el fortalecimiento del comercio en Campeche, y por la pequeña propiedad privada ganadera. En cambio, los hacendados de Mérida y Valladolid, ganaderos y agricultores conservadores, procuraron fortalecer su economía con un puerto propio para comerciar sus productos con Cuba y España; y rechazaron las propuestas liberales que concedían la ciudadanía a los indígenas y que estimulaban la pequeña propiedad privada.³⁰

La lucha entre campechanos y yucatecos llegó a las armas y ambos bandos emplearon a los elementos indígenas para vencer a su rival. Los indígenas, armados gracias a las pugnas partidistas, iniciaron en 1847 la violenta rebelión que se conocería como la “guerra de castas”. De manera que no es gratuito que en la novela éstos aparezcan como una amenaza.³¹

Revisando los acontecimientos previos a la escritura de la novela, resulta lógico que se busque el origen de las problemáticas en el pasado y que la sociedad co-

lonial sea vista como una serie de corporaciones en pugna que procuran la satisfacción de los intereses de grupo, o incluso personales, crítica de la que ni siquiera se salva el representante del cabildo campechano, a pesar de que Justo Sierra O’Reilly pertenecía al bando mendecista y su suegro era nada más y nada menos que Santiago Méndez. En esta pugna, los grupos que explotan al indígena –los gobernadores, los franciscanos y los encomenderos–, los que sostienen una política centralista, los monopolizadores, son retratados como los más nocivos puesto que en ellos puede verse la raíz de unos de los mayores males que azotan a la provincia.

Es cierto que para finales de 1848 la guerra de castas ya había sido prácticamente sofocada con ayuda del gobierno *federalista* de México, al que se reincorporó Yucatán en agosto del mismo año, y con ello terminaban aparentemente los problemas de la provincia. Sin embargo, hay una clara advertencia del narrador de *La hija del judío* en relación con estos nuevos tiempos:

Del poder absoluto e ilimitado de la época colonial, hemos pasado al gobierno más amplio y liberal, que reconocen las teorías de los publicistas modernos; pero ese cambio ha de ser y será, por fuerza, nominal, mientras se le haga consistir solamente en fórmulas y palabras muy sonoras, cuando se pronuncian en la tribuna, y vacías cuando se trata de aplicarlas.

Tenemos, se dice, un gobierno republicano, representativo, popular. Más todavía; ese gobierno es federal, y cada estado conserva su soberanía e independencia, con las limitaciones –muy pocas en verdad– que se ha tenido por

³⁰ La propuesta liberal mermaba la dinámica de su economía, basada en el peonaje y en el monopolio.

³¹ En el siglo XIX los indígenas tuvieron una serie de conflictos con los hacendados que asediaban sus tierras; con los ganaderos, cuyos animales pastaban libremente arruinando las milpas, y con la constante promoción de la pequeña propiedad privada, que los despojaba de las propiedades comunales y les reducía los terrenos cada vez más cuando sus sistema de cultivo, la roza, demandaba la disponibilidad de grandes extensiones de tierra (Cf. Arturo Güemez Pineda, *Liberalismo en tierras del caminante*).

conveniente introducir, para formar una masa indigesta que constituye el poder nacional. Y decís que eso basta y que “somos republicanos, viva la libertad”. Los que decís tal cosa, creyéndolo, carecéis de sentido común porque el oropel os parece oro; y si lo decís sin creerlo, sois unos refinados hipócritas y bellacos, que no merecéis la indulgencia de vuestros compatriotas.

[...]

Los Ayuntamientos de hoy son los Cabildos de marras, sin peluca y espadín, con todos los inconvenientes del flujo y reflujó de caras nuevas, sin ninguna de sus verdaderas ventajas. Son de elección popular; está bien, no lo disputemos; pero ¿eso es bastante?³²

Para Justo Sierra no parece ser suficiente, quedaba mucho por hacer, y el hecho de que, a principios del año en que comenzó a escribir la novela, se encontrara en Estados Unidos –por órdenes de Santiago Méndez– negociando una posible anexión de Yucatán a esa nación, mientras los barbanchanistas transaban en los mismos términos con España, es un buen indicador de que las relaciones con el gobierno de México no eran de ninguna manera favorables.

Si se decretó la reanexión a la República mexicana fue porque ninguno de los proyectos anexionistas se concretó y porque, después de la guerra con Estados Unidos, el ofrecimiento de México de acabar con la guerra de castas, que negoció Barbachano, fue la única opción que vislumbraron para resolver los problemas más urgentes del Yucatán de ese entonces.

³² Sierra O'Reilly, *op. cit.*, t. 2, pp. 220-221.

CONCLUSIONES

La victoria política que consiguió Barbachano por medio de la negociación con México, implicó la derrota de los mendecistas, incluido Sierra O' Reilly, y quizás el discurso que explica y justifica la Independencia, aquel donde la historia se erige en juez del pasado –tal como advierte Araujo–, puede ser interpretado como un gesto de reconciliación. Pero además es posible una lectura complementaria: cuando el narrador asegura “Nuestra patria llegó a su apogeo en el pasado siglo. De hoy más, su marcha será retrógrada y caerá del todo, si una nueva generación no abre la carrera de las reformas políticas y, sobre todo, sociales”,³³ podemos pensar que hay una alusión velada al tiempo en que fue escrita la novela y que revela una advertencia, así como un profundo agotamiento.

Si esta interpretación fuera válida, entonces coincidiría con la explicación que da Palti a la relativa paz, en el contexto de la política generalizada, que siguió a la derrota de México por parte de los Estados Unidos:

[...] se debía no a la fortaleza intrínseca del gobierno sino a la completa descomposición y fragmentación del sistema político, y a la pérdida correlativa de todo punto de referencia o centro de poder que pudiese oponerse al mismo. Figuras y partidos habían caído, todos por igual, en el descrédito más completo.³⁴

Cuando leemos en la novela frases como “la corrupción de la corte no hace

³³ *Ibid.*, t. 1, p. 186.

³⁴ Palti, *op. cit.*, p. 219.

sino limar más y más la cadena que une a tantos pueblos en uno solo”, y “los ayuntamientos de hoy son los cabildos de marras”,³⁵ podemos pensar que en la recreación del pasado subyace un esfuerzo por explicar los intentos independentistas previos y comprender la crisis que enfrentaba Yucatán en el momento de enunciación, en el marco de una “política generalizada”. La historia, como maestra de la vida, parece una lectura aún vigente en el momento en que Sierra O’ Reilly escribió su novela ■

BIBLIOGRAFÍA

- Algaba, Leticia. *Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX. Estudio de historia literaria comparada*. México, 2007. Tesis (doctorado en Letras) Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Araujo Pardo, Alejandro. *Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*. México, Universidad del Claustro de Sor Juana/ UAM, 2009.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco. *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*, México, 2002. Tesis (doctorado en Literatura Hispánica) El Colegio de México.
- Campos García, Melchor. “Que los yucatecos todos proclamen su independencia” (*Historia del secesionismo en Yucatán, 1821-1849*). Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 2002.
- Cüemez Pineda, Arturo. *Liberalismo en tierras del caminante. Yucatán 1812-1840*. Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1994.
- López Cogolludo, fray Diego. “El gobierno del conde de Peñalva” en *Historia de Yucatán*. J. Ignacio Rubio Mane pról. 5ª ed. México, Academia Literaria, 1957, pp. 742-744. (Grandes Crónicas Mexicanas, 3)
- Ortiz Monasterio, José. *Historia y ficción: Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora/ Universidad Iberoamericana, 1993.
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México, FCE, 2005.
- Sierra O’Reilly, Justo. *La hija del judío*. Antonio Castro Leal, ed. y prol., 2a. ed. 2 t. México, Porrúa, 1982. (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80)
- Unzueta, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima/Berkeley, Latinoamericana, 1996.

³⁵ V. *supra*.